

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

ENTRE
MI MUJER Y YO.

EPISODIO EXTRAVAGANTE Y CASERO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

MADRID.
—
Sevilla—11—Principal
1881.

Entre mi Muger y yo.

EPISODIO EXTRAVAGANTE Y CASERO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

CADIZ.

CASA EDITORIAL, ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Y ENCUADERNACION
de D. F. de P. Jordan. E. de las Marinas, 5
1881.

AL SR. D. FRANCISCO GALVAN.

APRECIABLE AMIGO:

Cedo á su insinuacion y vuelvo á tomar el lápiz que me sirvió para bosquejar algunos tipos cómicos hace mas de veinte años, y para satisfacer muy humildes antojos.

Ya verá V. qué torpe y desgastado se encuentra: mas fio en su inteligencia respecto al éxito escénico de este improvisado juguete, y en su bondad por lo que hace á la pequeñez é importancia del regalo.

A V. y á su discretísima esposa encomiendo mi espíritu, y besando á esta los pies, me ofrezco como su buen amigo, y admirador,

Romualdo A. Espino.

PERSONAJES.

MATILDE . . . D.ª MATILDE RUIZ DE GALVAN.
PACO. . . . . D. FRANCISCO GALVAN.

Época actual.—1875.

ACTO ÚNICO.

Pequeño y elegante gabinete con dos puertas á cada lado: las de la derecha del actor corresponden á la alcoba de Paco y al esterior. Entre ellas un ropero de espejo. Las de la derecha son la del tocador de Matilde y la que conduce al interior. En el fondo, chimenea con espejo y candelabros encendidos. A la derecha un velador con otro candelabro con luces y un servicio de café. Sobre un sillon del fondo, el abrigo y el sombrero de Paco.

ESCENA I.

MATILDE junto al velador preparando el café que acostumbran tomar los esposos despues de comer. Poco despues PACO, por la puerta del comedor, con un periódico en la mano.

MAT. Paco!
PACO. (dentro.) Voy.
MAT. Nunca consigo
distraerle: es cosa fuerte!
No habia de ser la suerte
menos tirana, conmigo.
En tal estado le veo,
que me aflige y que me pasma.
¿Será la dicha un fantasma
forjado por el deseo?
Contra su estraño dolor
sin duda existe el remedio:
yo tengo en mi mano el medio,
lo que no tengo es valor.
Y así dejarlo no debo
que esto nuestra dicha trunca;
mas cómo pasar por... Nunca!
No me atrevo, no me atrevo.
Paco! Paco!..
PACO. Voy.
MAT. Anda, hombre:

te esperan café y tabaco.
PACO. Si voy.
MAT. Como siempre. (Grito.) Paco!
PACO. ¿Me vas á borrar el nombre? (Entrando)
MAT. ¿Ha de ser siempre lo mismo?
¿No ves que el café se enfria?
PACO. Me distrage.
MAT. Qué mania!
Reniego del periodismo!
PACO. Modera un tanto tus iras.
MAT. Tanta aficion al periódico!
PACO. Me hace provecho el narcótico.
MAT. ¿Te arrullas con las mentiras?
PACO Tras de comer, de soñar
es el momento mas crítico.
MAT. ¿Soñar... con sueño politico?
PACO. Soñar la dicha sin par.
MAT. Poco galante es mi dueño.
PACO. ¿Poco dices?
MAT. Sí, á fé mia;
porque yo, Paco, creia
que tu dicha no era un sueño.
¿Pongo mas azúcar?
PACO. Nó;
tanta dulzura empalaga.
MAT. ¿Como mi amor que te halaga?
PACO. Quién dice?..
MAT. Lo digo yo:
pero acierto, ¿no es asi?
PACO. Ay de mí!
MAT. ¿A qué negar?
El alma y el paladar
caminan juntos aquí.
PACO. Tal vez.
MAT. La prueba es sencilla,
y al verte mi amor dedujo....
PACO. Es que estoy bajo el influjo
de una estraña gacetilla.
MAT. ¿Una gacetilla?
PACO. Escucha.
MAT. ¿Que así hagas caso de un cuento?

PACO. Es que es un drama sangriento.
MAT. Jesús, qué estrañeza!
PACO. Mucha!
Suele haber extraordinarias
semejanzas, por lo menos.
MAT. Si están los papeles llenos
de escenas patibularias.
PACO. Esta es una desventura.
MAT. Y bien, ¿con quién se te alcanza
que ha de tener semejanza?
PACO. Conmigo.
MAT. Se me figura
que no estás bueno.
PACO. Sí, á fé.
MAT. ¿Tú infeliz?
PACO. Y mucho.
MAT. Opino
que tragues el desatino
con un sorbo de café. (Beben)
PACO. Pues deja que yo te lea
esta catástrofe rara,
y verás, esposa cara,
como es exacta mi idea.
Que no siempre es el defecto
del bienestar la desdicha;
los excesos de la dicha
producen el mismo efecto.
MAT. (Ap.) Cruel! (alto) No entiendo...
PACO. Oye atenta. (Lee
«SPLIN DE AMOR.—Cierta casa
de la calle de la Pasa,
en donde vivia contenta
una pareja amorosa
desde hará unos tres ó cuatro
meses, ayer fué teatro
de una tragedia espantosa.
Era la esposa muy bella:
era galan el marido;
mas de la dicha aburrido
renegaba de su estrella.
Jóvenes, ricos y amantes,
vieron su luna de miel:

mas aquella paz para él
era una luz sin cambiantes.
Su vida era un lago en calma;
ni un antojo, ni un desvelo,
sin una sombra en su cielo,
sin una espina en el alma!
Nada su mente soñó
que no halle en su esposa el mozo;
y por no morir de gozo,
anoche se suicidó.»

MAT. Claro está. (ap.)

PACO. ¿Ves los escesos
del amor? ¿Es esto justo?
O hay que reventar de gusto,
ó hay que saltarse los sesos.

MAT. (Ap.) No hay mas remedio!

PACO. Es locura
ser tan feliz.

MAT. Qué!?

PACO. No hay cosa,
Matilde, mas peligrosa
que un atracon de ventura.

MAT. (Ap.) No he visto absurdo mayor!

PACO. A lo que yo estoy expuesto!...

MAT. (Ap) Hay que poner fin á esto!

PACO. ¡Morir de gusto!. Qué horror!
Jóvenes, ricos y amantes,
como nosotros! Qué luz!
Aparta de mí esta cruz,
Dios de los agonizantes!
Un lago en calma! Es atroz!
Hay para morir de espanto!
¿Porqué nos queremos tanto?
¿Porqué esta dicha feroz?
¿No ves que asfixia esta calma?
¿No ves que aquí no hay consuelo?
Ni una sombra en este cielo!
Si hay para romperse el alma!

MAT. ¿Ves, los papeles malditos?
Si hace un año nos casamos!

PACO Justamente, y nos estamos
así como dos benditos.

¿Y esto se puede sufrir?
Comprendo al que se suicida!
¿Te piensas pasar la vida
en tonto, dejándote ir?

MAT. (Ap.) Vamos, le tentó el demonio!
Está visto; me decido.

PACO. ¡Ay si yo hubiera sabido
que era tal el matrimonio!...

MAT. Conque quieres que en un dia
se altere esta paz hermosa!
No digas, por Dios, tal cosa.

PACO. Dá esplin la monotonía,
y del esplin al suicidio
no hay mas que un paso, ya ves.

MAT. Y matar el alma qué es?

PACO. Pues hija, yo me fastidio.

MAT. ¿Qué lograrás si fracasa
nuestra ventura?

PACO. Que no
pase aqui lo que pasó
en la calle de la Pasa.

MAT. Ingrato! Tientas á Dios.
Si te oyesen, ¿qué dirian?
Cuántos, Paco, envidiarian
la dulce paz de los dos!
Escucha, esposo querido:
recuerda aquellos instantes
en que juntos y anhelantes,
ya por el jardin florido,
ya en la casa paternal,
con nuestro afecto por norma,
íbamos dándole forma
á este amoroso ideal.
Tú, enamorado y risueño,
lo que yo soñé escuchabas
y algo, aun mas bello, agregabas
al encanto de mi sueño.
Mis padres, la vista fija
y despiertos los sentidos,
gozaban embebecidos
en el gozo de su hija.
Ellos que en vida serena

llegaron á la vejez,
sin que les turbe una vez
ni la sombra de una pena!
-Nos casamos.—Tú sumiso,
yo amante cual debí estar,
hicimos de nuestro hogar
un terrenal paraiso.
Y así á tus promesas fiel
y yo á mis deberes llanos,
se nos fué de entre las manos
la dulce luna de miel.
Si tu génio no es agreste;
si me amas y yo te adoro:
¿cómo perder tal tesoro?
Qué cambio tan brusco es este?
PACO. Esta vida de querubes
hace del hogar un hielo.
MAT. Di que de la tierra un cielo.
PACO. Un cielo, pero sin nubes.
MAT. Por Dios que tu afan me asombra!
¿Pondrás á esta vida un tilde?
PACO. Es que yo quiero, Matilde,
vivir entre sol y sombra.
Que es insufrible esta calma.
MAT. ¡Ay, si la lloras perdida!
PACO. ¿Pero entiendes tú la vida
sin una espina en el alma?
MAT. Jesús, y qué estraño afan
tu pecho cruel traspasa!
PACO ¿Pero es el Limbo esta casa
y es tu seno el de Abraham?
¿Piensas que se hace ilusoria
la dicha por un mal rato?
¿Te figuras que es mas grato
vivir sin pena ni gloria?
MAT. Sin pena, sí.
PACO. Nó, en verdad;
el gozo trás del dolor:
que el sol reluce mejor
despues de la tempestad.
MAT. Que estás demente imagino.
PACO. Pues deja qne esté demente,

y sígueme la corriente.
MAT. Si llevas perdido el tino!
Pero dí por caridad;
¿es cierta al fin tu locura?
PACO. O haces tú cualquier diablura,
ó yo una barbaridad.
MAT. ¿Hablas de veras?
PACO. Sí que hablo.
MAT. ¿Quieres disgustos?
PACO. Los pido.
MAT. Pues señor, á mi marido
lo tienta de fijo el diablo.
PACO. Me los darás?
MAT. Me dán ganas
de acceder á tus manías.
PACO. Un pesar cada tres dias;
así... como las tercianas.
Tú verás que no soy sordo
al sentimiento.
MAT. ¡Insensato!
PACO. Conque... ¿se queda hecho el trato?
Un disgusto... no muy gordo.
MAT. Nunca!
PACO. La vida es crisol
en que la virtud fermenta.
MAT. ¿Pues no buscas la tormenta?
PACO. Mas quiero tras ella el sol.
MAT. Eh, déjame!
PACO. ¿Quién se embrolla,
teniendo talento y traza,
por un grano de mostaza?
MAT. Un cáustico que haga ampolla!
PACO. ¿Te niegas?
MAT. ¿Pero hablas sério?
PACO. Si tal.
MAT. ¿Quieres un motin?
PACO. Si nó, vá á dar el esplin
conmigo en el cementerio.
MAT. Mira, Paco, en este mundo
solo es feliz el que puede:
hacer que el diablo la enrede
eso es cosa de un segundo.

Yo de lograrlo respondo,
si buscas con tiento y tino:
que el lago mas cristalino
lleva la muerte en el fondo.
PACO. ¿Qué quieres darme á entender?
MAT. Que no existe en conclusion
en el mundo otra ilusion
que eso que llaman placer.
PACO. Si el placer es pesadilla,
despiértame de un disgusto.
MAT. Mereces que te dé un susto.
Ay, dichosa gacetilla!
PACO. ¿Me lo darás?
MAT. Estás loco!
PACO. ¿Será mi exigencia vana?
Tres nada mas por semana.
MAT. ¿Tres no mas? Eso es muy poco.
PACO. No exageres, tres ó cuatro;
alternando así con arte.
MAT. Basta. ¿No vas á arreglarte,
que es la hora del teatro?
PACO. Las ocho ya! Y tú?
MAT. Tambien:
no hay que perder la costumbre;
PACO. Y luego... una pesadumbre:
luego... las paces, y amen.
Quieres?
MAT. Oh, qué aberracion!
Jamás! Adios... vuelvo pronto.
(Ap) Pues señor, se ha vuelto tonto!
Hay que darle una leccion.

ESCENA II.

PACO.

Está visto, no se aviene
á que tengamos quimera.
Consiente que yo me muera;
pero eso no me conviene!
Es preciso que aqui truene,
que haya gritos y regaños,

que nos miremos huraños,
que yo riña, que ella llore,
que me insulte, que yo implore,
que haya interés; mas sin daños.

Nuestra vida era falaz:
qué monótona!.. qué lenta!..
A mí la paz me revienta.
Me carga vivir en paz!
Hallar nublada su faz:
decirla—Qué tienes?—Nada:
me tienes muy indignada.
—Sin razon.—Tirano!—Fiera!
—Quién pensara!—Quién creyera!
—Qué pastel!—Ay, qué entruchada!

—Mintió tu lengua atrevida!
—Mintió tu lábio traidor!
—Falso!—Infiel!—Esto, Señor,
esto sí se llama vida.
Pasa el nublado enseguida;
ella cobra sus matices;
él lamenta sus deslices;
sale, le compra una joya,
al dia siguiente arde Troya,
y la estampa en sus narices.

Esto es salir del quietismo!
Hay algo aquí que entusiasma!
El amor que es cataplasma,
se ha de trocar sinapismo.
La ventura es un abismo
que encubre con bellas flores
peligros aterradores.
Dígalo aquel que fracasa
en la calle de la Pasa
de una indigestion de amores.

Nada: la borrasca fuerte
hace la paz mas querida.
Placer y dolor es vida;
placer tan solo, es la muerte.

No quiero que de esta suerte
me mate en tonto el esplin;
prefiero, si llega el fin
y la cuerda se me enrosca,
á morir como una mosca,
morirme de un berrenchin.

ESCENA III.

PACO, MATILDE.

MAT. Qué es eso, aun te encuentro así?
PACO. Perdóname; me distrage.
MAT. Ya es tarde.
PACO. (Marchándose.) Ya estoy aquí:
no pienso cambiar de trage.
MAT. Aun persiste tu locura?
PACO. Si no es locura.
MAT. Es capricho?
Pues tú la guerra procura
porque yo... lo dicho, dicho.
No pienses, si en tí se aferra
la idea, que yo lo siento;
si mi elemento es la guerra.
PACO. Tu elemento?
MAT. Mi elemento.
PACO. Pues no lo habia yo notado.
MAT. Mi génio es muy altanero,
voluble, desordenado,
revoltoso, petrolero.
PACO. Pues, hija, nádie dijera...
MAT. Por no causarte pesares,
me violenté.
PACO. Qué tontera!
MAT. Desciendo de militares.
Ya ves; mi señor abuelo
fué general, y su hermano,
brigadier. Desde mozuelo
llevó mi padre en su mano
la espada, y es mariscal;
y mi tio es coronel,
y mi primo no vá mal,

que ya luce tres estrellas
á los veinte y dos cumplidos:
y es amante de las bellas,
y terror de los maridos.
y es muy valiente, y muy guapo,
y muy elegante.

PACO. Conforme.

MAT. Yo su mérito no tapo:
si le vieras de uniforme!

PACO. Precioso!.. Si yo no digo ..

MAT. Te burlas?

PACO. Ni por asomo.

MAT. Si lo comparo contigo,
es el único que...

PACO. ¿Cómo?

MAT. Por mucho que tú presumas...

PACO. Concluye.

MAT. Que te aventaja.
Con su sombrero de plumas,
y su espadin y su faja!...
Como es de Estado Mayor...

PACO. Pero, Matilde, es muy raro
ese repentino ardor.

MAT. ¡No quieres que te hable claro?
Así como asi, tambien
me gusta á mí la franqueza.
No creo, mi dulce bien,
que te enoje esta simpleza:
al fin es mi primo...

PACO. Cierto.

MAT. Y de amarle no me eximo.

PACO. ¡Matilde!

MAT. Ay, Jesús!

PACO. Te advierto
que esas bromas...

MAT. Si es mi primo!

PACO. Basta!

MAT. Está bien; callaré,
si hablar del primo te enoja.

PACO. Deja al primo, por mi fé.

MAT. Pues bien, doblemos la hoja.

PACO. Tú sabes que yo te adoro.

MAT. Pero no te vistes hoy?
PACO. Tú eres mi bien, mi tesoro!
MAT. ¿Pero no te vistes?
PACO. Voy;
pero deja que te diga.
MAT. No tienes que disculparte;
si el primo así te fatiga,
dejemos al primo aparte.
PACO. Y dále con el primito.
Qué es lo que ahora te incita?...
MAT. Si te digo que le omito.
Vamos, ponte la levita.
PACO. Ya voy.
MAT. Perdona si anduve...
Pero anda, hombre.
PACO. En un vuelo.
(Ap.) Si será el primo la nube
que venga á enturbiar mi cielo?

ESCENA IV.

MATILDE.

Es preciso curarle:
se ha vuelto loco.
El remedio es muy duro;
pero no hay otro.
Ello es preciso:
he de verlo á mis plantas
caer rendido.

—

Es verdad: ni una nube
habia en mi cielo:
era azul y esplendente
mi firmamento.
Tú has deseado
que haya en él tempestades:
yo tengo el rayo!

—

Dicen que son los celos
males de rabia:
yo los bendigo, que ahora

son mi esperanza.
Ruda es la espina;
mas tambien el veneno
nos dá la vida.

—

(Saca del ropero una espada, un baston, un sombrero y una casaca; es decir, todo un uniforme militar y lo distribuye como dice.)

—

Salgan estos trebejos
á hacer su oficio,
y débales yo la calma
del pecho mio.
Ellos me salven:
porque ellos son la sombra
de mi buen padre.

—

Ay, mi padre del alma,
que tanto quiero!
perdóname el abuso
de estos objetos.
Hoy tus insignias
van á ser el remedio
de mis desdichas.

—

¿Cómo las distribuyo,
que el pobre luego
fácilmente una á una
las vaya viendo?
Ah!... deposito
el sombrero de gala
bajo su abrigo.

—

En el rincon oculta
pongo la espada,
que un celoso de fijo
vendrá á encontrarla;
y en sus dinteles
el baston, de manera
que en él tropiece.

—

Ahora, Dios de los cielos

dadme paciencia:
que le engañe y le cure:
que sufra y sienta.
Esposo amado,
prueba el dolor, y luego
ven á mis brazos.

—

(Echa la casaca dentro de su cuarto al ver salir á Paco)

ESCENA V.

MATILDE Y PACO.

PACO. Aquí me tienes. ¿Qué es esto?
MAT. Cuidado!
PACO. Un baston! Quién puso?
MAT. Con mal pié sales.
PACO. No es mio.
Dí; de quién es esto?
MAT. Tuyo.
PACO. Mio nó.
MAT. Por fuerza.
PACO. Dále!
te digo que yo no uso
bastones con borlas de oro.
MAT. Pues yo tampoco.
PACO. Seguro.
Sabes tú qué son bellotas?
MAT. Sí que lo sé; son el fruto
del alcornoque.
PACO. No es eso.
MAT. Pues del chaparro.
PACO. Presumo
que te burlas.
MAT. ¿Y á qué viene?...
PACO. Viene, á probar que este junco
no ha sido mio jamás;
que yo no he sido lechuzo,
ni juez, ni alcalde...
MAT. Está bien:
quiere decir que no es tuyo.
PACO. Luego confiesas...

MAT. Que es de otro:
que te lo ha prestado alguno.

PACO. No hay tal.

MAT. O quizá distraido,
como te pasa á menudo,
lo has cambiado por...

PACO. No es fácil;
el mio tiene otro puño,
y es mas grueso, y es mas largo,
y no es un baston de lujo.

MAT. Pues, hijo, yo no me esplico...

PACO. Yo sí.

MAT. A ver?

PACO. Quién estuvo
hoy á verte?

MAT. Dos amigas
que no ejercen mando alguno.

PACO Mas quizás el caballero
que vino con ellas, pudo...

MAT. Un caballero? Te engañas.

PACO. Recuérdalo bien.

MAT. Te juro...

PACO No jures.

MAT. Paco!

PACO. Perjura!

MAT. Basta!

PACO. Me engañas.

MAT. No sufro...

PACO. Me niegas lo que estoy viendo?

MAT. Qué vés?

PACO. Este palo duro,
y su dueño que se esconde,
y tu engaño que descubro,
y mis recelos crueles,
y tu sonrisa, y mi insulto.

MAT. ¿Y nó quiéres que me ria
al mirar tu enojo injusto?
¿Qué mala hierva has pisado,
qué pícaro bicho oculto
te ha picado, ó qué has comido,
que estás como un energúmeno
diciendo mas disparates

que en toda tu vida juntos?
¿Qué te pasa, Paco mio,
desde hace algunos minutos?
Tú tan alegre, tan dulce,
tan cariñoso, tan culto,
tan bueno, tan indulgente,
tan confiado!...

PACO. Tan bruto.
Dílo de una vez.

MAT. Jesús!
Tú estás malo; pero mucho!
Qué tienes, marido mio?
Qué te pasa? Estás convulso!
Quiéres que te vea el médico?
Pues voy á llamarlo al punto.

PACO. No lo llame V., señora.
¿Me quiere usté echar del mundo?

MAT. Ay, no tal, que me haces falta!

PACO. Ahora el sarcasmo!

MAT. Renuncio
á desplegar ya mis lábios.
Estás insufrible! (Se sienta.)

PACO. Busco
en vano acá en mi memoria
quién puede haber sido el tuno
que se ha dejado en mi casa
este bastoncito cuco.
No me lo dices?.. Responde!
¿No oyes lo que te pregunto?

MAT. Sí lo oigo; mas me he propuesto
mantener mi lábio mudo.

PACO. Voto al diablo!

MAT. Ay, que me asustas!

PACO. Eso es, dí que te asusto,
que soy un tirano, un tigre,
un déspota, un mameluco!

MAT. Eso nó; pero sí un tonto!

PACO. Matilde!

MAT. Un loco, un iluso.

PACO. Señora!

MAT. (Llevándole ante el espejo). Ven acá, hombre.
Mira tu ceño iracundo

en ese cristal, testigo
de mi amor y de tu triunfo.
Mira si es esa la cara
que el espejo terso y puro
reflejó, cuando tu imágen
fué de ventura trasunto.
Mírame allí mústia y triste,
mírate allí cejijunto,
tú irritado, yo ofendida;
yo enamorada, tú injusto.
Entre mis amargas lágrimas,
ante tus celos impuros,
¿ese cristal nó parece
mucho mas negro y profundo?
Es, que como el mar refleja
el cielo claro ú oscuro,
así el espejo retrata
nuestra dicha é infortunio
que llevamos dibujado
yo en mi rostro, tú en el tuyo.
Césa, esposo mio, césa
en tu rigor importuno.

PACO. Ves este baston?

MAT. Y dále!

PACO. Pues así es el dardo agudo
que me has clavado en el pecho:
ya ves que el dardo es mayúsculo.

MAT. Deja el baston.

PACO. No lo pienses:
desde ahora yo me figuro
que este palo forma parte
de aqueste brazo robusto.
Le llevaré á todas partes
hasta que me encuentre alguno
que exclame:—«Ese palo es mio!»—
Y al dárselo, lo desnuco!

MAT. Perfectamente: y acabas
de ponernos en ridículo.
Mas por fortuna su dueño
no habrá de ser tan estúpido.

PACO. Luego confiesas que es de alguien?
De quién, de quién!

MAT. Ay, qué apuro!
No sé.
PACO. Mientes! Quién lo trajo?
MAT. Pues mira, lo trajo... un brujo.
PACO. Chanceas, éh?
MAT. (Ap.) Pobrecillo!
Estoy por contarle al punto...
Pero nó, que esta leccion
conviene al reposo mútuo.
PACO. Si yo encontrára...
MAT. Qué buscas?
PACO. Déjeme usted!
MAT. (Ap). Disimulo.
PACO. Ah! (Viendo la espada)
MAT. Qué es eso?
PACO. Aquí una espada!
Infame! (Desenvainándola).
MAT· Jesús, que susto! (Va e.)

ESCENA VI.

PACO.

Y cierra! La voy á matar.
Me lo negará esta vez?
Luego no es su amante un juez?
Luego el hombre es militar?
Mejor .. Digo, mejor nó:
lo mismo dá para el caso.
Oh, pero yo no lo paso;
¡qué habia de pasarlo yo!
Le pedí con voz distinta
nubes al hado inclemente,
y mi cielo transparente
se ha puesto como la tinta.
Enemigo de mi mismo
sombras pedí en mi locura,
y el astro de mi ventura
se hundió en el profundo abismo!
Si era tan dulce el soñar
y el despertar es sufrir,
mas me valiera morir

que llegarme á despertar.
Quise en medio de mi calma
huracanes que me empugen,
y ahora tiemblo cuando rugen
las tempestades del alma!
Yo pedí nube fecunda;
pasagera oscuridad;
mas, ¡ay! que esta tempestad
es noche eterna y profunda!
¿Quién me lo habia de decir?
Quién se lo habia de pensar?
Era traidora al mirar!
Era falsa al sonreir!
Bien está! Lucharé ahora
contra el destino tirano;
no en valde puso en mi mano
esta espada vengadora.
Yo hallaré quien fué el ladron
de mi honra, no sé cómo;
mas he de hundirle hasta el pomo
mi acero en su corazon!
Te acepto, agudo espadin,
como aviso de los cielos:
tú me hieres con los celos;
pero has curado mi esplin.
Huyamos del pecho artero
que me deshonra y me mata.
Adios para siempre, ingrata!
(Vá á tomar el abrigo y descubre el sombrero.)
Pero qué es esto!... Un sombrero!
Otra prueba! ¡Dios piadoso!
Y cómo yo no lo ví?
Ah! luego él está aquí?
Nó! Eso fuera escandaloso!
Aunque ya nada me admira.
Cuando dige que le encuentro!
Pero ¿dónde está?... Ah, allí dentro!
Allí dentro?.. Nó!.. Mentira!
¡Un hombre en el tocador
de mi esposa!.. Nó, no está!
(Llamando.) Matilde! Mejor será
sorprender al seductor!

ESCENA VII.

PACO, MATILDE.

PACO. Ella! (Ocultándose tras del portier.)
MAT. (Saliendo) Llamáste?.. Se fué.
Me pareció haber oido...
Adónde puede haber ido?
PACO. (Entrando de pronto en el cuarto de Matilde)
Caballero, salga usted!
MAT. Jesús, que me has asustado!
Donde vá usted? Con qué intento
penetra así en mi aposento?
Está loco rematado!
Pobre!—La prueba es muy dura!
mas es preciso curarle.
Despues sabrá indemnizarle
mi cariño con usura.
Él provocó estos ensayos;
mas quizá cruel anduve
al hacer de leve nube
fiera tormenta con rayos.
Allí está... Cuál se revuelve!
Todo lo registra y saca!
Huy! ya dió con la casaca
de mi buen padre! Ya vuelve!
PACO. (Saliendo con la casaca y furioso.)
Mire usted esto.
MAT. Ya estoy.
PACO. Donde lo tiene escondido?
MAT. Pero es usted mi marido?!
PACO. Sí señora, que lo soy.
MAT. Lo desconozco.
PACO. Está bien.
Le juro á V. por mi nombre!...
¿Donde se oculta ese hombre?
MAT. Un hombre! Cuál? dónde? quién?
PACO. No finjas, que no se aplaca
mi temor. ¡Como lo halle!...
MAT. A quién?
PACO. Al que vá por la calle
metido en esta casaca.

Tu amante. Está aquí sin duda:
ya no hay nada que me asombre;
Pero ¿quién es ese hombre
que viene aquí y se desnuda?
Eso es no tener vergüenza.

MAT. Deliras!

PACO. Conque la tiene?

MAT. Qué se yo?

PACO. Puesto que viene,
no hay quien á mi me convenza.

MAT. Harás que mi enojo estalle.

PACO. Dónde está?

MAT. No sé; se ha ido.

PACO. Si lo dige: era un perdido;
se fué desnudo á la calle!

MAT. Qué delirio, Dios eterno!

PACO. Es verdad: mientes aprisa;
porque en mangas de camisa
no se vá al áire en invierno.

MAT. Hazaña seria funesta.

PACO. Pues dí lo que de él has hecho.

MAT. Y, dime, conqué derecho?...

PACO. No me preguntes: contesta!
Baston, espadin, sombrero
me encuentro por los rincones;
si sigo, hallo los calzones
tambien de ese caballero.
Dónde lo ocultas, infiel?

MAT. Basta ya de frenesí.

PACO. Pues he de vengarme en tí,
si no puedo dar con él.

MAT. Mi paciencia ha concluido:
te dejo con tu manía.

PACO. Quieta aquí, señora mia; (La coge.)
responda usté á su marido.

MAT. Suelta! Pero ¿qué te pasa?

PACO. Esplíqueme usté, y la dejo,
esta prendería de viejo
que me ha traido á mi casa.

MAT. Me haces daño!...

PACO. Nunca tanto
como me ha hecho usted á mí.

¿Qué es esto? (En la lucha se le cae á ella una carta)
MAT. No es nada.
PACO. (La coge). Sí;
una carta!
MAT. Cielo santo!
PACO. Será de ese ente grotesco?
MAT. ¿Te has propuesto armar la gresca?
PACO. Y tiene la tinta fresca!
MAT. Jesús!... Tú sí que estás fresco.
Si tiene de escrita un año!
PACO. Confiesas al fin!...
MAT. Confieso.
PACO. Que me has engañado?
MAT. Y que eso
te prepara el desengaño.
PACO. No ví descaro mayor,
y no es mucho que me asombre.
Conque es de un hombre?
MAT. De un hombre.
PACO. De un seductor?
MAT. Seductor.
PACO. Pues por eso la confisco.
MAT. Y por eso sufro humilde.
PACO. (Leyendo.)—«Mi idolatrada Matilde»—
A ver la firma?—Francisco!—
MAT. Lee.
PACO. ¿Lo que escribe el bellaco?
MAT. Ciego!
PACO. Nó, por Belcebú!
MAT. Si ese Francisco eres tú.
PACO. Señora, si yo soy Paco!
MAT. Y no es lo mismo?
PACO. (Ap. á si propio). Animal!
Es cierto: ¿quién no penetra?...
MAT. Ya no conoces tu letra?
PACO Quién dice que nó! Si tal.
(Lee.)—«Por fin al llamarte esposa
miro mi esperanza llena,
una existencia serena
y un alma siempre dichosa.»
MAT. Eso dice.
PACO. (Leyendo.)—«Siempre tuve

en tu amor mi solo anhelo,
y juro que por tu cielo
no ha de cruzar una nube.»—

MAT. Ejem, ejem!

PACO (Leyendo). —«Tus antojos
serán mi norma segura;
que he de mirar mi ventura
en el cristal de tus ojos.»—

MAT. Ejem! Continúa.

PACO. No quiero.
Falté, pero con razon.

MAT. Con razon?

PACO. Pues y el baston,
y el espadin, y el sombrero?
Es preciso que sea un risco
quien con esto no se escama;
¿pues tu primo no se llama
tambien como yo, Francisco?

MAT. Es verdad.

PACO. De estos amaños
al tal primito no eximo.

MAT. Mas yo nunca amé á mi primo,
ni lo veo hace dos años.
Aunque al pobre no le cuadre,
está en Manila.

PACO. Canastos!
Pues de quien son estos trastos?

MAT. Son del mariscal mi padre.

PACO. Ah!

MAT. Perdiste la dulce calma
por un insensato anhelo;
no pidas sombras al cielo
que son tormentas del alma.
Aprende con este ensayo
que si el hogar se desborda,
la tempestad, aunque sorda,
manda á nuestra frente el rayo.
Perturbar los dulces lazos
de la familia es locura;
¿cómo has de hallar la ventura
haciendo el alma pedazos?
¿Quién pone nublado errante

ante el sol que limpio brilla,
y por una gacetilla
absurda y estravagante?
No existe, esposo y señor
gacetilla mas hermosa,
que la que escribe una esposa
con el néctar de su amor.
Deja, Paco mio, estar
sin tan estraños anhelos,
la tempestad en los cielos,
y el iris en nuestro hogar.
Mira bien que si en tu cara
noto que vuelve el esplin,
saco el paterno espadin,
que á fé que soy militara.

PACO. Nó, nó: con razon me inculpa
tu lábio por mi extravío:
sirva mi tormento impio
en descargo de mi culpa.
Si otros hacen disparates
y hay quien se mata insensato,
lo que soy yo no me mato:
te dejo á tí que me mates.

MAT. Yo!

PACO. Sí, de felicidad,
de amor y de gozo interno;
si yo no he de ser eterno,
mátame así por piedad.

MAT. Ya que vuelve tu razon,
y puesto que al fin te humillas,
ponte ante mí de rodillas
si quieres la absolucion.

PACO. Al momento.

MAT. Yo en conciencia
no tengo poder sobrado:
pero aguarda con paciencia.

(AL PÚBLICO.)

Vosotros con indulgencia,
ya que visteis el pecado,
ponedle la penitencia.

(Queda Paco besando ardorosamente la mano de Matilde y cae el telon.)